

CAPITULO XII.

DE CÓMO LOS TRAIADORES QUE SABEN APROVECHAR LAS CIRCUNSTANCIAS
CAEN SIEMPRE DE PIÉS.

I.

—¿En dónde habeis pasado la noche, señora mia? dijo al dia siguiente á las diez de la mañana, hora en que se le presentó su mujer, á esta el infante don Enrique.

—¡Oh, señor! ¡y qué cara y qué acento para preguntarme eso! dijo de muy mal humor la Palomilla, que estaba pálida y ojerosa de no haber dormido.

—¿Y qué cara y qué acento quereis que tenga, repuso don Enrique, que desde que su mujer le dió para matarle aquel insuficiente acónito se habia hecho feroz, un marido cuya mujer se marcha al principio de la noche y no vuelve sino muy entrado el dia, sin saberse dónde haya estado?

—Por la manera que teneis de preguntarme, dijo la Palomilla, no quiero responderos: preguntad y lo sabreis.

—Sí, sí; ya sé que habeis pasado la noche en el Alcázar, como sé que cuando yo me fuí de la córte para las Andalucías, vos os fuísteis á Mayorga á ver á cierto caballero herido.

—Fuí á llevar órdenes secretas á la reina, y la prueba es que me volví á las veinticuatro horas.

—¿Y habeis ido esta noche al Alcázar y os habeis quedado en él para recibir órdenes secretas de la reina?

—He ido á ver á su señoría, me ha cogido allí el toque de queda, y me he visto obligada á quedarme.

—Y os habeis quedado en el aposento del caballero del Aguila Roja.

—¿Pero estais loco, don Enrique? exclamó la Palomilla; si nadie sabe por dónde anda el tal caballero.

—Carta canta, dijo el infante.

Y sacó de su escarcela un pergamino enrollado, y le dió á la Palomilla.

Esta leyó lo siguiente:

«Señor infante, sois un tonto, vuestra mujer os desprecia.»

—¿Y quién se atreve á escribir así? exclamó irritada la Palomilla.

Y buscó la firma y no la encontró.

Aquella carta era anónima.

—Esta es una infamia y una calumnia, exclamó la Palomilla, y no se debe creer al que para decir tales cosas se oculta; bien es verdad que es una lástima que no se dé á conocer, porque así podríamos castigarle á nuestro sabor.

—Seguid, seguid leyendo, señora, dijo don Enrique.

La palomilla empezó de nuevo.

«Señor infante, sois un tonto, vuestra mujer os desprecia; vuestra mujer ama, y no es ciertamente á vos á quien ama vuestra mujer; esta noche la ha pasado en el Alcázar, lo que debe inquietaros mucho, porque en el Alcázar vive, y al lado de la reina, el hombre á quien vuestra mujer adora: este hombre se llama en la córte la infanta doña María de Granada; en el campo, en el cerco de Mayorga y en el de Paredes se llamaba el caballero del Aguila Roja: en su aposento ha pasado la noche



LA BUENA MADRE.

Esta es una infamia y una calumnia, exclamó la Palomilla.....

vuestra mujer, porque la reina confía demasiado en la lealtad de su caballero."

—¡Infames! ¡infames, y mil veces infames! exclamó la Palomilla.

—Seguid, seguid leyendo, señora.

"Si dudais de lo que os decimos, buen infante, preguntad acerca de la infanta doña María de Granada y del caballero del Aguila Roja, al señor infante don Juan Manuel, ó á su señoría el rey, que ya os dirán. Se cree que es un secreto que el caballero del Aguila Roja está disfrazado con traje de mujer, y gracias á su juventud y á su hermosura, al lado de la reina, y que de él está enamorada, hasta la locura, vuestra esposa, y no solo ella, sino otras damas de palacio; y esto lo va sabiendo todo el mundo, solo que se murmura por lo bajo, porque todo el mundo teme ser castigado si lo dice en voz alta: pero vos que sois marido de vuestra mujer, tutor del rey y guarda del reino, debéis atajar estos escándalos por lo que os conviene como marido de una parte, y como guarda de estos reinos por otra, porque tal puede acontecer, que la casa se caiga y os coja debajo. Guarde Dios á vuesa merced, señor infante don Enrique, como lo han menester vuestra mujer á quien tanto amais, y la reina á quien tan bien servís."

II.

—Pero aquí se burlan de vos, don Enrique, dijo la Palomilla; dicen que me amais, cuando no podeis verme, ni os casásteis conmigo mas que por lo que os convenia, y que servís bien á la reina, á quien quisiérais ver hecha pedazos. Tomad, tomad y avergonzaos de que se burlen de vos y quieran usaros como arma para malas maquinaciones.

—He visto al infante don Juan Manuel en su posada, exclamó con irritacion el infante, le he preguntado si en efecto la infanta doña María de Granada era el caballero del Aguila Roja,

y se me ha echado á reir, y cuanto mas le he preguntado mas se ha reido, y allá le he dejado riéndose; lo que quiere decir que el infante don Juan Manuel se reia porque sabia que os habíais quedado en el Alcázar, en el aposento de doña María de Granada.

—Pues no habia de reirse vuestro sobrino, dijo doña Juana, si él sabe bien hasta qué punto es mujer, y terrible é impía la infanta doña María de Granada y de Molina.

—Y el rey....

—¡Ah! habeis ido tambien á ver al rey, y le habeis dicho.... Pues mirad, si yo no me rio tambien de vos, es porque no estoy de humor para reirme, por lo feliz que he sido en mis amores; eso sí, los años pueden mas que vos, y estais ya loco, don Enrique, y os advierto que con vuestra locura os estais metiendo temerariamente en grandes peligros.

—El rey no se ha reido de mí, dijo don Enrique, sino que me ha dicho: idos á reposar, mi buen tio, habeis dormido mal y habeis tenido malos sueños; procurad tener de noche á vuestro lado á vuestra mujer, por si os poneis gravemente malo y necesitais que os socorran.

—Necesariamente, dijo la Palomilla; ¿qué otra cosa podria responder el rey á una impertinencia como la vuestra? No seais loco; por lo pronto, os aconsejo que probeis otro camino, que el que habeis empezado llamando córtes á Cuellar: la reina lo sabe todo, me ha hablado largamente de ello, y me ha dicho que ella deshará todo el engaño que habeis querido hacer á los personeros de los concejos.

—¡Bah! ¡bah! las córtes de Cuellar aprobarán la venta de Tarifa al rey moro de Granada, porque esta venta conviene á todo el mundo.

—Cuidad de que vuestro propósito no esté ya deshecho. Cuando yo salia del Alcázar se estaba preparando todo para recibir á los personeros que iban á ir en procesion por toda la villa con el estandarte y los heraldos y el concejo de Valladolid á besar las manos al rey y á la reina.

—¿Qué decís, doña Juana? exclamó alarmado el infante.

—Lo que oís, don Enrique.

—Pues yo no tengo noticia alguna de eso.

—¿Y qué habeis de saber vos, mas que lo que os hace soñar vuestra ambicion, y lo que os dicen los que hacen su negocio engañándoos y metiéndoos en malos pasos?

—¡Fernan Dávalos! exclamó el infante tocando una campanilla de plata que estaba sobre su mesa de despacho.

Se presentó al momento un camarero.

—Vete al Alcázar, dijo don Enrique, é infórmate de si han ido allá los personeros de los concejos, cuántos son, y si es posible, á qué han ido.

III.

Fernan Dávalos salió, y volvió muy pronto diciendo:

—En el patio de Honor del Alcázar estan los timbaleros, los trompeteros, los heraldos, y el estandarte de la villa de Valladolid; y á mas de esto, las mulas y los criados de los personeros de los concejos que están en la cámara de Honor, y en cóрте con el rey y la reina.

—Pronto, Fernan Dávalos, dijo el infante; vísteme de cóрте á fin de que yo me presente como debo, y como esos imbéciles se habrán presentado, con todas sus galas encima. ¡Ah! no querirá oirme su señoría el rey. ¿Cómo se atreven ni él ni su madre á recibir en cóрте, no digo yo á los personeros de los concejos, sino á cualquier embajadorcillo que venga con cartas del último reyezuelo de la tierra? Yo soy el tutor del rey, y tengo la guarda de estos reinos por voluntad del difunto rey don Sancho y por decreto de las córtes de Valladolid. Pronto, acaba pronto, Fernan; traéme la espada de oro que me dejó mi padre el señor rey San Fernando y mi puñal de cóрте: ¡ah! que enjaecen mi caballo tordillo con paramentos de gala, y que cabalguen para acompañarme mis escuderos.

Fernan Dávalos salió, y don Enrique se quedó solo, porque